

# Escritores en la Autónoma

## La tertulia de Letras

Al cuidado de *Francisco Rico*

**UAB**

Universitat Autònoma de Barcelona

2018

## TABLA

Prólogo	7
Cuaderno de firmas	21
Tertulia con Álvaro Pombo	75
Tertulia con Esther Tusquets	123

## PRÓLOGO

Tardé unos meses en llegar a la UAB, pero los cantos de sirena habían sonado desde el verano del 68. Martín de Riquer, el primero de mis maestros, era hombre de una fidelidad absoluta a los suyos. Cuando lo nombraban para un tribunal de oposiciones, el jurado de un premio, la comisión de unas becas, la pregunta que inmediatamente nos hacía era «¿Se presenta algún amigo?». De modo que cuando se vio en el papel de promotor de una nueva universidad, no dudó un minuto en invitarme a formar parte de ella.

La respuesta fue que no. Estaba yo muy a gusto en la que sigue siendo mi *Alma mater* (pero no es ya *mi* universidad), dando la asignatura de «Literatura medieval y humanística», para la que se me había destinado todavía de estudiante, a la muerte del bueno de Joan Petit, y encargado de alguna otra enseñanza en la órbita de Riquer, vale decir, a mi entero capricho. No veía razón para dejar las cómodas clases y las animadas charlas entre clases, en el viejo patio de Letras barcelonés, a cambio del panorama dudoso que se me ofrecía en el claustro del monasterio de San Cugat. Conque dije que no.

Un episodio absurdo vino a cambiar la situación. Bien entrado el Adviento, Guillermo Díaz Plaja se sintió ofendido por la pregunta inocente de un alumno (dejémoslo en E.S.) sobre el examen del primer trimestre y salió de la facultad dando un portazo y dejando en el aire la materia rotulada «Crítica literaria». Había que buscar una solución, y a Riquer y Federico Udina se les ocurrió que la diera yo, pidiéndomelo ahora como un favor poco menos que personal. A eso no

podía negarme, aunque sí poner condiciones: la docencia se reduciría a un par de sesiones por semana y yo me la repartiría con quien me pareciera conveniente.

No sé si desde el primer momento o desde el primer momento del segundo quien me lo pareció fue Gabriel Ferrater. Gabriel era conocido mayormente (y con justicia) como poeta en catalán, pero también había tocado la narrativa, la crítica de arte y otras variedades del ensayo: en realidad era un polígrafo, de erudición enciclopédica, en aquellos años obsesionado en especial por la lingüística (de ahí que me gustara presentarlo como «il miglior Fabra»). Excelente amigo y además vecino, habíamos pasado horas y horas de charla, y me constaba que tenía competencias de sobra para repartirse conmigo el comedido en cuestión. Sin ser un especialista, tampoco a mí me faltaban suficientes noticias y lecturas en el terreno. De modo que nos pusimos de acuerdo y entre los dos montamos un cursillo que los hoy quincuagenarios alumnos evocan todavía como muy apañadito.

Otro motivo me había llevado a buscar la alianza con Gabriel. Universitariamente hablando, la crítica literaria apenas existía entonces, y en todo caso distaba de tener la posición privilegiada que luego, desde que nos trajimos a Claudio Guillén de los Estados Unidos, ha ido consiguiendo, con todo lujo de cátedras y departamentos, en un proceso de codificación y burocratización que no acaba de convencerme. Yo siempre había pensado que cuanto en la universidad tuviera que ver con la literatura debía tener el soporte fundamental de la filología y de la historia, pero asimismo el discreto apoyo de una vivencia de la creación contemporánea, que necesariamente era estimulada por la comunicación con los escritores. (No estaba descubriendo ningún mediterráneo: otro tanto ocurre

y se practica en multitud de ámbitos.) Por ahí, Gabriel y yo formábamos una buena pareja. Y me consta que la figura, la presencia de Gabriel en la UAB (con su anejo en «El mesón» de la plaza), en el breve lapso que aún tuvo por delante, fueron extraordinariamente fecundos en ese sentido.

El año siguiente inauguramos la enseñanza regular de literatura española, que inevitablemente cayó sobre menda y que asumí sin problemas, porque ya me había percatado de que la Autónoma era un buen destino permanente, en el que podía tejer, destejer y ensayar a mi arbitrio. Entonces se estableció el esquema que presumiblemente duraría hasta generalizarse la libre elección de asignaturas: comenzar por la literatura contemporánea, seguir con la de los Siglos de Oro y rematar con la medieval. Entiéndase el planteamiento: se trataba de dar tiempo a que los alumnos progresaran en sus conocimientos lingüísticos e históricos para así enfrentarse mejor a los textos de cada época; y la literatura contemporánea que se tomaba en cuenta no rebasaba el '98 y sus aledaños. La guinda de tal menú era traer a las aulas a los creadores que buenamente se pudiera.

Comprendo que mi opinión no fuera universalmente compartida. En un artículo que no consigo encontrar, Fernando Lázaro Carreter –por encima de las diferencias de edad y de horizontes, uno de mis más íntimos amigos– me objetaba que exponer públicamente a un poeta o un novelista podía ser también mostrar que la persona estaba por debajo de la obra. Que no le faltaba razón hube de comprobarlo en un desastroso cursillo veraniego, que sin embargo había tenido un estupendo predecesor.<sup>o</sup>

<sup>o</sup> De él salió el tomito *Edad Media y literatura contemporánea*, al cuidado de Fernando Valls, Trieste, Madrid, 1985, que reunía las intervenciones